

15 DE DICIEMBRE 1950

PUESTO que tú me tiendes una mano cortada
y debo corresponder con mi guante, ante todo
te diré: Yo sé mucho de desmanes. No es nada...
Deja que Dios te astille las ansias hasta el codo.

Cada vez me parece la muerte
más fácil, más sencilla.
Consiste sólo en tenderte
-uña y carne de Dios- como una astilla.

Amigo mío, mi gran Gabriel Celaya
(a veces, Juan de Leceta, dicen):
!Qué tristeza que no haya
un dios tan excelente como dicen!

Las cosas como son: no sé si hay
dios, o si no hay más que pedir...
De todos modos, ay!,
dime tú con qué boca... (Es un decir.)

Propongo que lo pienses
seriamente. Te tengo por un hombre
verdadero. (Hombre, a propósito, los atenienses
ya le dieron a Diógenes tu nombre.)

Bien es verdad que dentro de la almohada
anda un ratón divinamente terco.
Tal vez así, royendo nuestra nada,
se oye a Dios tras el cerco

de los sueños...

Gabriel Celaya, enciende
la luz. Dame la mano. Toma
el guante. Adiós... (Te digo a dios, pero comprende
que lo digo al tun tun, como de broma.)

THESE are the first...
of the...
to the...
of the...

...
...
...
...

...
...
...
...

...
...
...
...

...
...
...
...

...
...
...
...

...
...
...
...

...
...
...
...